

derivan de la repartición de Polonia. La repartición de Polonia es un teorema, cuyos corolarios son los actuales crímenes políticos. No hay un déspota ni un traidor desde hace un siglo que no haya visado, probado, firmado y rubricado, "ne varietur" la repartición de Polonia. Cuando se examina el legajo de las traiciones modernas, esa aparece la primera. El congreso de Viena consultó este crimen antes de consumar el suyo. 1772 es el grito, 1815 la consecuencia. Tal era el tema constante de Feuilly.

Ese pobre obrero se había hecho el tutor de la justicia, y ella le recompensaba haciéndole grande; porque, en efecto, algo hay de eternidad en el derecho. Varsovia no puede ser tártara, así como Venecia no puede ser tudisca: los reyes perderán el tiempo y el honor en esta empresa. Tarde ó temprano, la patria sumergida reaparece y flota en la superficie. La Grecia vuelve á ser Grecia y la Italia vuelve á ser Italia. La protesta del derecho contra el hecho persiste siempre; el robo de un pueblo no prescribe jamás. Estas grandes estafas no tienen porvenir; que no se borra la marca de una nación como se borra la de un pañuelo.

Courfeyrac tenía un padre que se llamaba el señor de Courfeyrac. Una de las falsas ideas de la clase media de la Restauración, en materia de aristocracia y de nobleza, era creer en la partícula "de"; y sabido es que la tal partícula no tiene significación alguna. Pero la clase media del tiempo de "la Minerva" estimaba tanto este pobre "de", que se creía obligada á abdicarle. El señor de Chauvelin se hacía llamar Chauvelin; el señor de Coumartin, Coumartin; el señor de Constant de Rebecque, Benjamín Constant; el señor de Lafayette, Lafayette. Courfeyrac no quiso quedarse rezagado, y se llamaba Courfeyrac á secas.

Podríamos detenernos aquí en lo referente á Courfeyrac, limitándonos á decir: Courfeyrac, véase Tholomyés.

Courfeyrac tenía, en efecto, esa verbosidad de joven, que podría llamarse la belleza del diablo del espíritu. Esta gracia se pierde después como la gracia del gatito, y va á parar, cuando tiene dos pies al burgués, y cuando tiene cuatro patas al gato padre.

Las generaciones que atraviesan las escuelas y las promociones sucesivas de la juventud, se transmiten ese género de númen, pasándosele de mano en mano, "quasi cursores," y casi siempre el mismo; de modo que, como acabamos de indicar, cualquiera que hubiese oído á Courfeyrac en 1828, habría creído oír á Tholomyés en 1817; solo que Courfeyrac era un buen muchacho. Bajo las aparentes semejanzas exteriores, la diferencia entre Tholomyés y él era grande. El hombre latente que existía en ellos era en el primero distinto del segundo. En Tholomyés se adivinaba un curial; en Courfeyrac un paladín.

Enjolrás era el jefe, Combeferre el guía, Courfeyrac el centro. Los otros daban más luz, él daba más calor; tenía todas las cualidades de un centro, la redondez y la irradiación.

Bahorel había figurado en el tumulto sangriento de Junio de 1822, con motivo del entierro del joven Lallemand.

Bahorel era un individuo de buen humor y de mala compañía, bravo, manirotto, pródigo hasta la generosidad, hablado hasta la elocuencia, atrevido hasta el descaro; la mejor pasta de diablo que pueda encontrarse; llevaba chalecos "temerarios", y tenía opiniones de "escarlata"; era pendenciero en grande, es decir, nada le gustaba tanto como una riña, á no ser un motín; y nada tanto como un motín,

á no ser una revolución; estaba siempre dispuesto á romper una vidriera, luego á desempedrar una calle, después á derribar un gobierno, sólo para ver el efecto. Llevaba once años de estudiar leyes, y aún no había llegado al tercero. Olfateaba el derecho, pero no lo aspiraba; tenía por divisa: "abogado nunca", y por escudo una mesa de noche, sobre la cual se veía un gorro cuadrado. Siempre que pasaba por delante de la Escuela de jurisprudencia, lo que sucedía pocas veces, se abotonaba la levita, pues todavía no se había inventado el gabán, y tomaba precauciones higiénicas.

Decía de la fachada de la escuela. ¡Qué hermoso viejo! Y del decano señor Delvincourt: ¡Qué monumento! Veía en los cursos asunto para canciones, y en los profesores objeto para la caricatura. Gastaba en no hacer nada una gran pensión, una suma casi de tres mil francos al año.

Sus padres eran unos lugareños, á quienes había sabido inculcar el respeto hacia su hijo. Decía de ellos: "Son lugareños y no ciudadanos; por eso tienen entendimiento".

Bahorel, hombre caprichoso, concurría sin fijeza á varios cafés; los demás tenían su costumbre; él no tenía ninguna. Vagaba al azar. El andar errante es propio de todos los humanos; pero el vagar á la ventura es muy parisiense. En el fondo, sin embargo, era un talento penetrante, y pensador más de lo que parecía.

Servía de lazo entre los amigos del A B C y otros grupos todavía informes, pero que debían acabar de delinearse más adelante.

Había además en aquel cónclave de jóvenes una cabeza calva.

El marqués de Avaray, á quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado á subir en un coche de alquiler el día en que emigró; contaba que en 1814, á su vuelta á Francia, cuando el rey desembarcó en Calais, le presentó un hombre un memorial. ¿Qué pedís?—dijo el rey.—Señor, una administración de correos. ¿Cómo os llamáis? L'Aigle (el Aguila).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial, y vió el nombre escrito así: "Lesgle".

Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey, y le hizo sonreír.—Señor, continuó el hombre del memorial, tengo entre mis antepasados un perrero, á quien llamaban Lesgueules (Bocaza). De este mote viene mi nombre. De Lesgueules han hecho por contracción Lesgle, y por corrupción L'Aigle. Esto hizo que el rey acabara de sonreírse; y por fin, le dió la administración de correos de Meaux, no sabemos si por inadvertencia ó á propósito.

El individuo calvo del grupo era hijo de este Lesgle ó Legle, y se firmaba Legle de Meaux. Sus camaradas, para abreviar, le llamaban Bossuet; pues sabido es que al gran obispo Bossuet se le apellidaba de esa suerte, "L'Aigle (el Aguila) de Meaux".

Bossuet era un guapo chico, que tenía desgracia en todo. Su especialidad consistía en que nada le saliese bien; pero él se reía de todo. A los veinticinco años era calvo. Su padre había conseguido comprar una casa y un campo; pero él por nada había tenido tanta prisa como por perder en una falsa especulación el campo y la casita; y no le había quedado nada. Tenía ciencia y talento, pero sus planes abortaban.

En todo fracasaba, en todo se engañaba; cuanto levantaba se venía abajo

aplastándole. Si partía leña se cortaba un dedo; si tenía una querida le salía en seguida un rival. A cada paso le sucedía una desgracia; de ahí su jovialidad. Solía decir: "Vivo debajo del tejado cuyas tejas se caen". Se admiraba muy poco, porque para él el accidente era cosa prevista; recibía con serenidad la mala suerte, y se reía de los reveses del destino como quien oye llover. Era pobre, pero su bolsillo de buen humor era inagotable. Llegaba con facilidad á su último sueldo, pero nunca á su última carcajada. Cuando la adversidad entraba en su casa, la saludaba cordialmente como á un amigo antiguo; daba cariñosas palmadas á la catástrofe; tenía franqueza con la fatalidad hasta el punto de llamarla por su nombre familiar: "Buenos días, Mala suerte!" le decía.

Estas persecuciones de la fortuna le habían dado cierta inventiva, abundante en recursos. No tenía dinero; pero encontraba medio de hacer despilfarros cuando le parecía bien. Una noche llegó á devorar cien francos en una cena con una cotorrera, lo cual le inspiró en medio de la orgía esta frase memorable: "Hija de cinco luises, sácame las botas".

Bossuet se encaminaba lentamente hacia la profesión de abogado; estudiaba el derecho como Bahorel. No tenía domicilio, y á veces ni lecho. Vivía, ya en casa de uno, ya en casa de otro; y con más frecuencia con Joly, que estudiaba medicina, y tenía dos años menos que Bossuet.

Joly era el joven enfermo de aprensión. Lo único que había conseguido estudiando medicina, era hacerse más enfermo que médico. A los veintitrés años se creía valetudinario, y pasaba la vida mirándose la lengua en el espejo. Afirmaba que el hombre se imanta como una aguja, y ponía la cama en su alcoba con la cabecera al Mediodía y los pies al Norte, para que durante la noche no contrariase la circulación de la sangre la gran corriente magnética del globo; y cuando había tempestad, se tomaba el pulso. Por lo demás, era el más alegre de la compañía. Todas estas incoherencias, de mozo, de maniaco, de aprensivo y de buen humor, se avenían perfectamente juntas, y formaban un sér excéntrico y divertido á quien sus camaradas, pródigos de consonantes aladas, llamaban Jollilly. "Puedes volar en cuatro L", le decía Juan Prouvaire.

Joly tenía la costumbre de tocarse las narices con el puño del bastón, lo cual es indicio de espíritu sagaz.

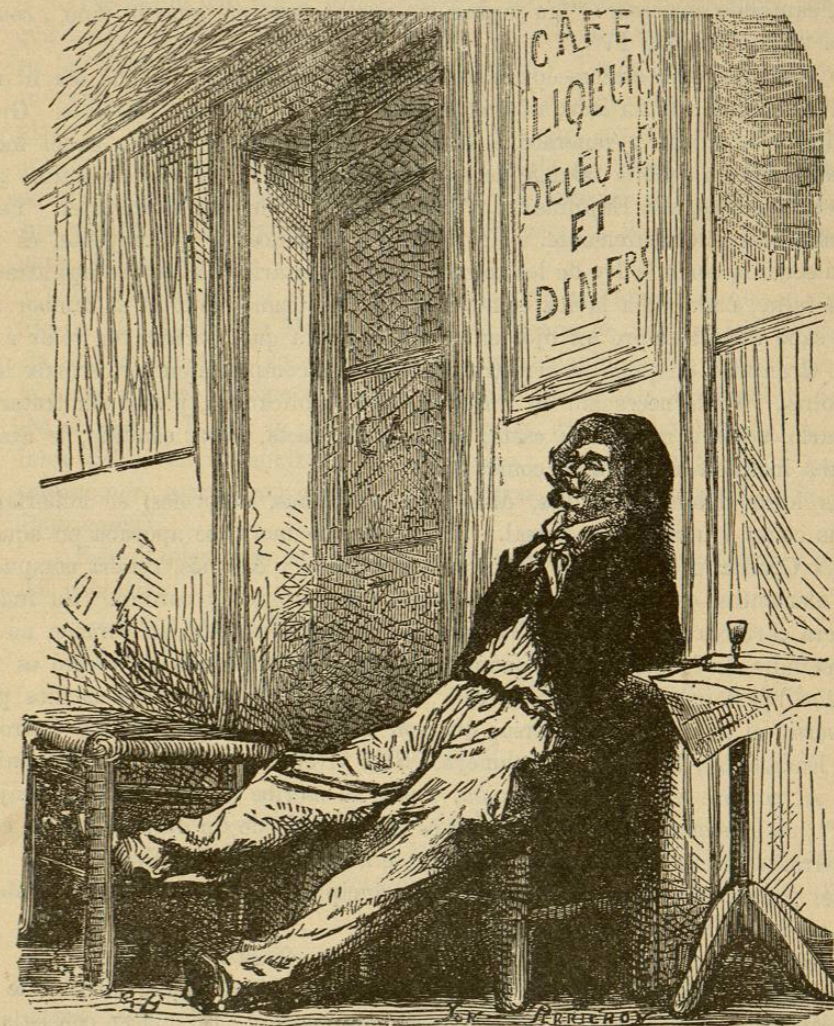
Todos estos jóvenes tan diferentes, y de los cuales no puede hablarse en suma, sino seriamente, tenían una misma religión: el Progreso.

Todos eran hijos directos de la revolución francesa. Los más frívolos, llegaban á ser solemnes cuando se pronunciaba esta fecha: 89. Sus padres, según la carne, eran ó habían sido fuldenses, realistas, doctrinarios; importaba poco. Esta mezcla anterior á ellos, que eran jóvenes, no les concernía para nada; por sus venas corría en toda su pureza la sangre de los principios. Consagrábanse sin intermisión alguna al derecho incorruptible y al deber absoluto.

Afiliados é iniciados, bosquejaban subterráneamente el ideal.

En medio de todos aquellos corazones apasionados, y de todos aquellos espíritus llenos de convicción, había un escéptico. ¿Cómo se encontraba allí? Por juxtaposición. Este escéptico se llamaba Grantaire, y se firmaba habitualmente con este geroglífico: R.—Era un hombre que se guardaba bien de creer en nada, y uno de los estudiantes que más habían aprendido durante sus cursos en París. Sabía que el mejor café era el del café Cemblin, y el mejor billar el del café Vol-

taire; que había buenos bizcochos y buenas chicas en el Ermitage del boulevard del Maine, pollos con salsa picante en casa de la tía Saguet, excelentes pasteles de pescado en el portillo de la Cunette, y cierto vinillo blanco en la puerta del Combate. Sabía los buenos sitios para todo; además, conocía algo el baile y el manejo de la chancleta y del zapato, lo mismo que el del palo; y siendo por contera, gran bebedor. Era además desmesuradamente feo.



La pespunteadora de botinas más linda de aquel tiempo, Irma Boissy, indignada de su fealdad, había dicho esta sentencia: "Grantaire es imposible"; pero la fatuidad de Grantaire no se desconcertaba. Miraba tierna y fijamente á todas las mujeres, como diciéndolas: "¡Si yo quisiera!" y trataba de hacer creer á sus compañeros que se veía generalmente solicitado.

Todas estas palabras: derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, revolución francesa, república, democracia, humanidad, civilización, religión, progreso, carecían, para Grantaire, casi completamente de significación. Se

reía de ellas. El escepticismo, esa carie de la inteligencia, no le había dejado ni una idea entera en la cabeza. Vivía con ironía, y su axioma era éste: "No hay más que una certidumbre: mi vaso, lleno". Se burlaba de todos los sacrificios en todos los partidos; lo mismo del hermano que del padre; lo mismo de Robespierre joven, que de Loizerolles: "¡Bastante han adelantado con haber muerto!" exclamaba. Decía del crucifijo: "He ahí una horca que ha triunfado". Trasnochador, jugador, libertino, embriagado con frecuencia, disgustaba á aquellos jóvenes pensadores, cantando sin cesar: "Me gustan las muchachas: me guta el vino", con el tono del "Viva Enrique IV".

No obstante tenía este escéptico un fanatismo; fanatismo que no era ni una idea, ni un dogma, ni un arte, ni una ciencia; era un hombre: Enjolrás. Grantaire admiraba, amaba y veneraba á Enjolrás. ¿A quién se avenía aquel incrédulo anarquista en aquella falange de espíritus absolutos? Al más absoluto. ¿De qué modo le subyugaba Enjolrás? ¿Por las ideas? No; por el carácter. Fenómeno observado frecuentemente. Un escéptico uniéndose á un creyente, es una cosa tan sencilla como la ley de los colores complementarios. Siempre nos atrae lo que nos falta; nadie ama la luz como el ciego; los enanos adoran al tambor mayor; el sapo tiene siempre los ojos en el cielo; ¿para qué? Para ver volar á los pájaros. Grantaire, en quien se arrastraba la duda, se complacía en ver cernerse la fe en Enjolrás. Tenía necesidad de Enjolrás. Sin explicárselo, y aún sin tratar de averiguarlo, aquella naturaleza casta, sana, firme, recta, dura, cándida, le atraía. Admiraba instintivamente á su contrario.

Sus ideas débiles, flexibles, dislocadas, enfermas, deformes, se adherían á Enjolrás como á una espina dorsal. Su raquitismo moral se apoyaba en aquella firmeza. Grantaire al lado de Enjolrás era alguien. Además, estaba compuesto de dos elementos, en apariencia compatibles. Era irónico y cordial. Su indiferencia era cariñosa; su mente podía pasarse sin creencias, pero su corazón no podía prescindir de la amistad. Contradicción profunda, porque un efecto es una convicción; pero así era su naturaleza. Hay hombres que parecen nacidos para ser el verso, el anverso y el reverso; que son al mismo tiempo Polux y Patroclo, Niso y Eudamidas, Efestión y Pechmeya. Sólo viven á condición de estar unidos á otro; su nombre es una continuación, y sólo se escribe precedido de la conjunción "y"; su existencia no les pertenece; es el otro lado de un destino que no es el suyo. Grantaire era uno de estos hombres; era el revés de Enjolrás.

Casi podría decirse que las afinidades principian con las letras del alfabeto. En esa serie, la O y la P son inseparables.

Podéis á vuestro gusto pronunciar O y P, ó sea Orestes y Pilades.

Grantaire, verdadero satélite de Enjolrás, frecuentaba aquel círculo de jóvenes; allí vivía, allí gozaba, y los seguía á todas partes. Su placer consistía en verlos ir y venir como sombras entre los vapores del vino. Le toleraban por su buen humor.

Enjolrás, creyente y sobrio, despreciaba á este escéptico y á este borracho; sólo le concedía un poco de piedad altanera. Grantaire era un Pilades no aceptado. Tratado siempre duramente por Enjolrás, rechazado y alejado bruscamente, volvía sin cesar, y decía á Enjolrás: ¡Qué hermoso mármol!



II

Oración fúnebre de Blondeau por Bossuet.

Una tarde que tenía, como vamos á ver, alguna coincidencia con los sucesos que hemos relatado más arriba, Laigle de Meaux estaba sensualmente recostado en las jambas de la puerta del café Musain. Tenía el aspecto de una cariatide en vacaciones. No llevaba consigo más que sus ensueños, y estaba mirando á la plaza de San Miguel. Estar recostado es una manera de estar echado de pie, que no es impropia en los soñadores. Laigle de Meaux pensaba sin melancolía en un percance que le había sucedido el día anterior en la Escuela de derecho, y que modificaba sus proyectos personales para el porvenir; proyectos, por otra parte, bastante vagos.

La meditación no se opone á que pase un cabriolé, ni á que el que medita se fije en él. Laigle de Meaux, cuya vista erraba en una especie de difusa vagancia, vió, al través de su sonambulismo, un vehículo de dos ruedas que andaba por la plaza al paso y como indeciso. ¿A quién pertenecía aquel cabriolé? ¿Por qué iba al paso? Laigle le observó. Iba dentro, al lado del cochero, un joven, y delante del joven un abultado saco de noche. El saco dejaba ver á los transeuntes este nombre escrito con gruesas letras negras en un papel cosido á la tela: "Mario Pontmercy".

Este nombre hizo cambiar de posición á Laigle. Se enderezó y gritó al joven del cabriolé:

—¡Señor Mario Pontmercy!

El cabriolé interpelado se detuvo.

El joven, que también parecía ir meditando, levantó los ojos.

—¡Eh!—dijo.

—¿Sois el señor Mario Pontmercy?

—Sin duda.

—Os buscaba,—repuso Laigle de Meaux.

—¿Cómo es eso?—preguntó Mario, porque era él, en efecto, quien salía de casa de su abuelo y tenía delante de sí un rostro que no había visto nunca.—No os conozco.

—Tampoco os conozco yo,—dijo Laigle.

Mario creyó haberse topado con un burlón, y al principio de una broma en medio de la calle; y no estaba por cierto de humor para ello en aquel momento. Frunció el entrecejo; pero Laigle de Meaux, imperturbable, prosiguió:

—¿No estábais anteayer en la cátedra?

—Es posible.

—Es cierto.

—¿Sois estudiante?—preguntó Mario.

—Sí, señor, como vos. Anteayer fui á cátedra por casualidad; ya comprendéis que alguna vez le da á uno esa idea. El profesor estaba pasando lista, y no ignoráis cuán ridículos están todos los profesores en tal momento. A las tres faltas le borran á uno de la matrícula; sesenta francos perdidos.